

pló ó avinagrado lector, y sepa, por conclusion de esta fama póstuma, que es siempre suyo el legatario de los papeles de don Pablo Ignoacusto.

EXEQUIAS DE LA LENGUA CASTELLANA.

SÁTIRA MENIPEA.

Habia yo oído muchas veces en mi niñez que el viaje al Parnaso era empresa árdua y difícil, así por lo estrecho y áspero del camino, como por lo escarpado é inaccesible de la cumbre. Con todo eso, la edad, que crecía en mí, y con ella las fuerzas, me hicieron concebir esperanzas de poder arribar algún día, bien fuese á costa de rodeos y trabajos; porque, en fin, ¿qué empresa hay que parezca árdua á un mancebo que sabe hacer versos? El ejemplo, gran maestro de designios desatinados, me encendía maravillosamente en el deseo de emprender el viaje, y tanto más, cuanto no me tenía yo por inferior á ninguno de los que le habían emprendido en los tiempos pasados; porque ¿cuál es el mal poeta que no cree de sí ser el mejor de todos los buenos poetas? Era cosa graciosa ver del modo que me representaba la imaginación el acogimiento que había de hallar en los númenes de la poesía.

Apénas á la cumbre
Del desecado Pindo
Suba yo, y goce el aura
De su ambiente divino;
Las vírgenes graciosas
Que en el alto recinto
Reparten de los versos
El influjo benigno,
A recibirme ufanas
Saldrán en peregrino
Coro, que en dulce canto
Muestran su regocijo.

Las vagorosas aves
En travieso bullicio
Unirán sus gorjeos
Al cántico festivo.
Tras esto el padre excelso,
Cuyo blando dominio
Reduce á su obediencia
Los pechos más esquivos;
Aquel á quien los hombres
Adoran sin sentido,
Detiene al ave el vuelo,
Enfrena el curso al río;
Con majestad risueña,
Cual la del padre al hijo,
Recibirá en sus brazos
El débil pecho mío,
Y diráme: «Mancebo,
Prosperense benignos
Los dioses, que gobiernan
El torno de los siglos.»

De doctos compañeros
Mi séquito lucido
Recibirá en su gremio
Su ejercitado juicio.
Recíbanse, y su frente
O bien corone el mirto
O de inmortales lauros,
Dón negado á infinitos,
Guarnézcanse tus sienes,
En tanto que encendido
Con voz digna de dioses
Cantas su poderío.
Salve, diránme todos;

Y yo con labio amigo,
Humilde entre el aplauso,
Y en la altura sencillo,
Doblada la rodilla,
Veneraré á Salicio (1),
Honor del grave Tajo,
De las Musas hechizo.

Ante los dos Leonardos (2)
Pronunciaré encogido
Palabras con que entiendan
Cuánto á los dos admiro.
Y si á dicha en la tropa
A Villegas percibo,
Negado á ostentaciones
De civiles oficios,
Por más que retozando
Se ocupe sin peligros
Con el viejo Anacréon,
Trocando al viejo en niño,
Romperé por la turba,
Y de su cuello asido,
Daréle un dulce beso,
Sin que él pueda impedirlo.

¡Qué vana es la imaginación de un poeta! Lo peor es que este maldito acogimiento tan honorífico y lisonjero que me figuraba yo, y daba por muy cierto con sencillísima credulidad, me confirmaba más y más en mi pensamiento, hasta resolverme é inducirme á preparar las provisiones para el viaje.

Mi principal cuidado fué buscar un valedor que recomendase á Apolo mis buenas cualidades, aunque yo no tuviese ninguna buena. Mi amor propio era bastante para que yo confiase en mí; pero como mi amor propio no podía hacer que otros viesan en mí las cualidades buenas que yo veía, quise echar mano del valimiento, microscopio admirable en las córtes, por donde se mira el mérito de cada uno, y se representa á la vista como un elefante el que, mirado en sí, no es mayor que una pulga. Echéme, pues, en busca de empeños, y en esta facción me sucedieron cosas graciosas; porque ¿quién creerá que para hallar uno que me recomendase á Apolo, me fué preciso buscar ántes cuarenta, por donde fui subiendo como por escala para arribar al que debía de serlo en realidad? De manera que más trabajo me costó ponerme en proporción de adquirir una carta de ceremonia, que les pudo costar á Newton ó á Aristóteles todo el hallazgo de su filosofía. Lo mejor del caso fué, que después de haber sudado mucho y de mala gana, vinimos á parar en que el tal señor no tenía confianza ni familiaridad con Apolo, suficiente para molestarle con recomendaciones, y que tenía por muy cierto que en estos días no había en España uno que pudiese factarse de merecer la amistad de aquel dios. Si fué heladísima la frialdad con que me quedé, el lector lo puede considerar sin necesidad de comentario.

Oh centro oscuro de inmortal congoja,
Córte falaz, morada de aparatos,
Quien sólo en la verdad funda sus tratos,
¿Por qué de tu recinto no se arroja?
Vela el docto, y del sueño se despoja
Por ser útil á mil y mil ingratos,
Pide que premien sus cansados ratos,
Y el ocioso poder de ello se enoja.
Finó el estudio, y la lisonja vana
Sólo, y el interés, son venturosos;
¿A qué aplaudir los sabios que murieron?
Tal es el juicio de la córte insana:
Los vivos, porque son, le son odiosos;
Los muertos agradables porque fueron.

(1) Garcilaso.
(2) Los Argensolas.

Cualquiera que sepa lo que es pretender, no lograr, y saber hacer versos, disculpará el mal humor de este epigrama; que escribí al vuelo sin saber cómo, nada más que por no haber conseguido una bagitela, que tal vez se me negaba con justa razón. Pero ¿los poetas se paran alguna vez á considerar si se les niega, con ella ó sin ella? Bien que, hablando las cosas en conciencia, en esta parte tienen los poetas muchos hermanos y compañeros.

Muy embelesado estaba yo con mi epigrama, y muy satisfecho de que me había vengado con él á todo mi sabor, cuando héte aquí á mi amigo Arcadio (1), antiguo comiliton mío en la universidad, socarrón de primer órden, y hombre que diría una pulla en verso al mismo Apolo en sus doradíssimas barbas. «A buen tiempo, le dije en el instante que le vi; oíd un soneto que acabo de escribir, y á fe á fe, que tiene, si no me engaño, toda la bondad posible.—Prestemos paciencia (respondió él con aire bellaco y desdeñoso); los poetas no piensan que hacen cosa buena si, después de molerse á sí, no muelen á todo el mundo. Por vida de nuestra amistad, que le leáis sin hacer gestos y sin repetirle.» Yo le obedecí de tan buena manera, que á cada verso arqueaba tres veces las cejas y redondeaba cuatro la boca, y los leí todos con tantos hipóboles de sobrecejo, que mi amigo, sin estar en su mano, soltó la risa y me aplaudió la habilidad con media docena de carcajadas. Enojéme, esforzó la risa, encendióseme el rostro, y me encaró, diciéndome en tono chusco y agitanado:

Oiga usted, señor poeta,
¿A qué tanto imaginar,
Si imaginaciones vanas
Dejan su juicio en agraz?
Darse todo á pensamientos
Que atraigan la voluntad,
Si son falsos ó caducos,
¿De qué, en fin, le servirán?
Piense bien y piense á tiempo.
Esta es la ley principal;
Que para hacer versos malos
Siempre le queda lugar.
A todo trance su musa
Halla en todo qué cantar;
Cante bien en una cosa,
Los doctos le aplaudirán.
En bagatelas sonoras
Su vigor desperdiciar,
Es burlarse de los dones
Que debe á un ente inmortal.
Escriba lo que en sí lleve
Deleite y utilidad,
Que de inútiles autores
Bien hartos está el mundo ya.
Mas, si mi consejo estima,
Dispóngase á sofocar
De ese desdichado genio
Esa inclinación fatal.
Eternizarse en los metros
Es su desdicha buscar;
Si canta bien, no se premia;
No se lee, si canta mal.

Venid acá, hombres de los diablos, continuó; que más de cuatro mil carguen, y Dios me lo perdone, con el bergante que os ha metido en la cabeza que vuestros versos pueden hacer honor á la patria; venid acá: ¿cuántas veces os he predicado que abandonéis la poesía enteramente? ¿Qué utilidad esperáis de esa profesión, que han dado en llamar divina los pícaros, á quienes rompería yo de buena gana la cabeza, por la bellaquería de atribuir á los poetas la comunicación con los dioses,

(1) Iglesias.

cuando no la tienen siquiera con los hombres más miserables de la república, que en viendo á uno gritan: *Guarda el poeta*, como si viesan algún oso ó lobo suelto de la jaula? No, sino andáos á hacer versos y sustentáos con humo. Pues bien; supongamos (lo que nunca Dios lo permita) que vos sois un poeta consumadísimo; que Apolo os comunica por arrobos sus influencias; que cada una de las Musas os pone en las manos su instrumento músico; que las Gracias os prestan todo el hechizo de su buen gusto; todo esto tenéis: ¿qué hemos adelantado? Ponéos á escribir un poema épico, sonoro, magnífico, grave, que se lleve de calle á cuantos se han escrito desde Homero acá; ¿juzáis que las gentes del día gusten de bagatelas? ¿Y qué mayor bagatela que un poema épico? Compondréis diez ó doce mil versos, enajados de caracteres nobles, de acontecimientos heroicos para el ejemplo, de sentencias políticas de una moral pura, varonil y robusta; y ¿qué bienes nos vienen con esa gracia? Nada de eso sirve para matar enfermos, para embrollar pleitos ni para malbaratar rentas, y lo que no sirve para esto, para maldita la cosa sirve.

Pues hé aquí que queréis ser un trágico ó un cómico (que para muchos lo mismo es uno que otro); un trágico, digo, más truculento, más feroz y más lloron que el mismo Sófocles; ó un cómico más risueño, más salado y más festivo que el mismo Plauto. En realidad de verdad seréis un trágico ó un cómico verdadero: trágico porque tendréis mucho que llorar, cómico porque daréis muchísimo que reír. ¿A nuestros modernísimos os queréis venir con reglitas modernas, que nacieron con las olimpiadas, y con unidades, y con caracteres, y con costumbres, y con fábulas simples é implexas, y con todas las ridículas menudencias del pobrete Aristóteles? Brava majadería: el fomentar á los grandes trágicos y excelentes cómicos era bueno para los tiempos de Maricastaña, cuando se usaban aquellos famosos juegos olímpicos, en que se premiaban públicamente la virtud y el talento.

Pero, súis: *Melpomene* baja volando desde la cima derecha del Parnaso y os entrega la lira que ha robado á *Pindaro* para regalárosla. Ea, os hierve el cerebro, os sentís lleno de la divinidad, os rebosa el furor por los ojos, os enajenáis en un arrobó inquieto y sublime; todo inflamado, romped el silencio y parís un himno *pindárico* en elogio de.... ¿de quién diré yo? Quien admita el himno no faltará; quien recompense la habilidad de hacerlo, ahí está el diantre. Y á la verdad con mucha razón, porque, aquí para entre los dos, los héroes que se usan hoy no valen el trabajo de que se escriban odas en su alabanza, y así obran con gran consecuencia en no proteger á los que no saben alabar digna y decorosamente, sin lisonjas ni adulaciones viles.

¿Abandonais todas estas ocupaciones inútiles, y os metéis á satírico? *Juvenal* os presta su cólera, su donaire *Horacio*, y *Argensola* su magisterio. Antes os vea yo plagado de sarna que de la habilidad de reprender; ¿os parece que es poco negocio andar siempre á remoquetes con los malos poetas, gramáticos pedantes, políticos ambiciosos, jueces inicuos, mujeres fantásticas, mancebos lascivos, papelistas desatinados, escritores de máquina, y con la demas caterva de personas ridículas ó malvadas, que dando ellas lugar con sus acciones á la maledicencia, persiguen de muerte al que osa ridiculizar en buenos versos sus costumbres inicuas? Fuera de eso, ¿qué enmienda advertís en el mundo después de las gracias de *Horacio*, las severidades de *Persio*, la maestría de *Argensola* y la siempre picante jocandad de *Quevedo*? ¿Han dejado por eso de ser ambi-

ciosos los cortesanos, arrogantes los gramáticos, frívolas las mujeres, jactanciosos los malos poetas, maldicientes y pedantes los papelistas, y en suma, ridículos casi todos los hombres? Nada menos; con que, cansaros para no enmendar nada, y para labrar enemistades que os arruinen para siempre, faltándoos, como os faltaría, la protección que lograron felizmente *Horacio* y *Despreaux*, es una sandez muy despropositada.

Una flauta pastoril oigo cerca de aquí; ¿no es bueno que se me antoja que percibo validos de oveja? Que me maten si no tenemos en campaña la musa bucólica. Ello por ello. La acompaña *Tóerito*, que os viene á entregar su cayado; pero ¿vais á tomarle? ¡Simple! ¿Pastor os quereis hacer? Vos pasaréis por un buen zamarro. ¿Sencilleces rústicas, virtud no contaminada en la soledad, candor sincero, costumbres simplemente virtuosas, intentais cantar á los ciudadanos? ¿Qué tiene todo eso que ver con el artificio de los pretendientes, los tratos adulterinos de las casadas, la desenvoltura de las solteras, la imperiosidad de los poderosos, el disimulo de los jueces, la infame condescendencia de los maridos, la negociosidad de los curiales, la avaricia, el engaño, la apariencia, la ambición, que domina en los grandes pueblos? Hacéos á las mañas, y dejad, con mil diablos, las zampoñas para los que fabrican quesos y requesones. Vos teneis que fabricar vuestra fortuna, y ésta no se logra con églogas, aunque inspiren candor y virtud.

Qua cum ita sint, señor y amigo mio, resulta solamente que

Perezca triste el poderoso genio
Que inflama al vate y la virtud eleva
Cuando se llena del furor *cilénio*.

El vicio triunfe, pues el vicio aprueba
La cetera mortal, y en sombras vanas
Sus gustos fija, sus deleites ceba.

Ciencias venales, con el oro ufanas,
Reinen tan sólo, y al ganar atento,
Las letras convertid en inhumanas.

Al sublime inmortal entendimiento
Hacedle negociante y que trafique,
Trocando por el oro el pensamiento.

Ajuste el precio, su avaricia indique,
Y porque encierra en sí textos sin tasa,
El precio por los textos multiplique.

Sea vuestro *Fobo* la ambición que abraza
Al rudo litigante, y de su hacienda
Que pase la mitad á vuestra casa.

Logre el pulmon, en la civil contienda,
Lo que nunca de *Pindaro* la lira,
Por más que en fuego celestial se encienda.

El padre *Manzanares*, el que inspira
Blando acento en los cisnes mantuanos,
Le desprecia, no sólo no le admira.

Los caudillos gritos, más cercanos
Á su agostada margen, le embelesan;
Son ya los abogados sus silvanos.

Cesa el cultivo en la razón, y cesan
Los honestos ejemplos á la vida;
Poco las glorias del ingenio pesan.

Mas, pues la patria, á su capricho asida,
Compra tan cara su miseria, y sólo
El vendible saber premia y convida.

Acabe de una en vuestro juicio *Apolo*,
Y formándoos tratante en alegatos,
Llamad á vos la arena del Pactolo,
Y den lustre á la patria los ingratos.

«Demasiadamente convencido estoy yo (le repliqué luego que cerró la arenga) de esas verdades que acabais de exponerme y me habeis expuesto mil y quinientas veces. Pero así dejaré yo de entretenerme á todo mi sabor con las delicias de la poesía, como ahora llueven pepinos. Mi ánimo está muy lejos del interes, y yo creo que un ente espiritual, destinado á la inmortalidad, se envi-

lece cuando se hace vendible. Si la necesidad de vivir civilmente ha hecho comerciante á la razón, y se venden sus producciones, como los zapatos y las lechugas, los ánimos nobles, que conocen la grandeza y dignidad de su origen, admiten el galardón, pero no le buscan; se resignan con la miseria, y la saben sufrir á vista de la opulencia injusta. Es verdad que yo no tomo las cosas tan en cerro, que crea absolutamente que aquella arte no tenga acogida. En nuestros dias hemos visto algun ejemplar, que nos ha admirado y consolado (1). En resolución, señor mio, sea como fuere, yo he de ver á *Apolo* en su misma apoloidad, le he de hacer mis ofrendas, y le he de suplicar de lo íntimo de mi corazón que, ya que me ha hecho versificador, tenga á bien hacerme poeta; creedme que esta romería y esta súplica son bien raras entre los cofrades del ritmo, los cuales plegue á Dios que no crean de sí que pueden prestar influencias á *Apolo* sin que les haga falta, cuanto más rogarle que él se las preste. Tengo prevenidas todas mis provisiones; voy á marchar nada menos que al Pindo. Holgariame infinito que me acompañáseis: y qué ratos tan buenos hablamos de pasar! Vaya, resolvéos, y....—¿Estais loco, hombre de los diablos? me replicó, por vida de *Arcadio*, que voy á traer en el momento tres obregones, que os aten y lleven al hospital.»

No bien habia acabado de pronunciar esta amenaza tremebunda, cuando se encaró á nosotros un viejo de humanidad bien proporcionada, aguileño, frente espaciosa, risueño, los ojos vivaces y retozones, el semblante blando y apacible, en cuyas mejillas no habia aún podido borrar la edad los lineamientos del donaire y del regocijo; pero cubierto de extraños atavíos, porque sobre un vestido á la antigua, que ni el que lo llevaba podia acordarse de qué tela era, atravesaba una banda roja, y sobre ella, pendiente del cuello, descansaba una gran cadena de oro, al parecer de muchos gruesos y bien labrados eslabones. Acercóse á nosotros y quitóse el sombrero; creí que nos iba á pedir limosna, y díjese secamente: *Hermano, Dios nos dé que dar*. «Todos responden eso (me dijo riéndose), pero rara vez da nadie cuando llega á tener. La catadura y talante de nsted, señor licenciado, me da barruntos de que vuesa merced es un tal *Aminta* (2), conocido con este nombre entre cierta casta de pájaros, que merecian, cuando menos, estar en el Nuncio de Toledo.—Hermano viejo, le respondí, no sin enfado, ¿quién le mete en camisa ajena? Apostaré que es mandon de casa de señor, ó casamentero.—Dió en el hito por vida mia, replicó él, y se le conoce que es un vate estupendo. Desfardé vuesa merced esa personaza de esa capa perpétua en que anda sumido, y lea esa carta.» Toméla, y vi que decia el sobrescrito: *El intonso Apolo á Aminta*. La novedad me embargó todos los movimientos; tomé mi compañero la carta, abríola y leyó así:

«Hijo *Aminta*: Desde que naciste inspiré en tí la inclinación á la poesía; y de tal manera la inspiré, que he cuidado siempre de conducirte por el buen camino. En mis dominios acontece una extraña novedad, y es, que una multitud de escritorillos de tu país ha dado muerte á mi querida hija, la Lengua castellana, despues de haberla desflorado perversa y abominablemente. Como sé que tú eres un bravo amante y defensor de ella, he resuelto que presencias su entierro y honores fúnebres, con firme propósito de que te quedes en mi compañía; porque ninguna necesidad hay que te veas precisado á

(1) El poema de la música.

(2) Nombre poético que adoptó FORNER.

doblar el cuello á mi enemiga la jerigonza. El viaje, pues, que estabas tanto tiempo ha meditando, debes ponerlo por obra al punto; y para que lo hagas sin extrañío, *Miguel de Cervantes*, privado mio y dador de ésta, proporcionará el medio que facilite el presto arribo, como tan cursado en caminar acá.»

¿Quién podrá referir dignamente mi angustia, por una parte, con la funesta nueva, y mi gusto, por otra, con tener presente á mi embeleso, á mi recreo, á aquel en cuya pluma pusieron las Gracias sus delicias y amenidad?

Miréle atento, y como snele el hijo
Abrazar á la madre cariñoso,
Cuando, volviendo á la paterna casa,
Su amor indica en desatado goz,
Ceñile el cuello, y á su pecho el mio
Uniendo estrechamente, desahogo
En llanto alegre el sentimiento tierno
Que su presencia ocasionó en mis ojos.

«Oh ingenio riquísimo! venturoso sólo en la posteridad, cuyas obras son hoy el mayor descrédito de los poderosos de vuestro tiempo. ¿Qué traje es éste? ¿qué vestidura? ¿qué mezcla de opulencia y miseria!—Amigo, me respondió, me duran aún los humos de soldado español. ¡El vestido bien puede estar caduco y desteñido, gracias á la curiosidad con que le cuidábamos en Lepanto, y á las grandes rentas con que me socorrieron los poderosos contemporáneos míos! Pero una banda de carmesí y un cadenón de alquimia eran la hora de todo buen veterano. Con este distintivo perdí una mano en la Naval, y con él me ladeo hoy en el Parnaso con los Garcilasos, Mendozas y Rebolledos, los cuales me aventajaron en la fortuna, no en el valor....»

Tuvimos, con esto, un coloquio no ménos largo que festivo y sabio, en el que *Cervantes*, segun la costumbre de todo buen viejo, se extendió en alabanzas de sus tiempos, y nosotros en críticas y áun sátiras de los nuestros, hasta que, por fin, más cansado él de hablar que nosotros de oírle, pues estábamos pendientes de aquel su pico de oro, dijo: «Despachémos, por Dios, y vamos de aquí.—¿Habrá inconveniente, le dijo *Arcadio*, en que vaya con vos un camarada más? Dígolo porque el extraño acaecimiento que va á ver mi amigo, ha picado mi curiosidad, y estimaría sobre manera hallarme presente.—Ningun inconveniente hay en ello, le respondió, con tal que seais de la buena secta; esto es:

«Si nunca habeis traducido
Algun librito de Francia,
Copiando gálicas frases
Con españolas palabras;

«Si no habeis hecho tragedias
De prosa que mal se inflama,
En que el héroe Cismontano,
Antes que muera, nos mata;

«Si porque en París se encuentran
Fábulas en abundancia,
No enfabuláis el idioma
Con frialdades imitadas;

«Si de un *esprit* que está en boga
Nunca espiritáis el habla,
Haciendo que bogue y reme
La majestad castellana;

«Si no escribis taraceas
Cual de estructura mosaica,
Y por mostraros pantofo,
No publicais mescolanzas;

«Enhorabuena al Parnaso
Venid, donde las mudanzas
No llegan, y eternamente
Su sér el buen gusto guarda.

«Allí veréis nuestra lengua,
Si bien muerta, despojada

De bárbaros ornamentos,
Con que se huyó de su patria.
«Veréisla en yerto cadáver,
Mustia sí, pero gallarda;
Pálida, pero robusta;
Severa, aunque desflorada.
«La magnificencia griega
Llora, y de ella no se aparta.
Perdió, con su muerte, el resto
Que de ella el mundo áun gozaba.
«Acompañemos su llanto,
Venid, y los que la ultrajan,
Duren siempre en la barbarie,
Sirvan siempre á la ignorancia.»

Esto dijo, y como le aseguramos era un buen español, nos pusimos en viaje sin más ni más. Es regular que el lector esté esperando aquí una gran muestra de geografía, y que, con motivo de referir mi viaje, le haga una narracion puntual y exacta del camino, las naciones, pueblos, rios y mares que atravesamos; las costumbres y usos de las gentes; las producciones naturales, y sobre todo, los rostros y carácter de las mujeres, y si son feas ó bonitas. En verdad, todo esto sería muy bueno y muy deleitable, pero no vendría al caso, y ya ve usted, señor lector, que esto de ser impertinente es un vicio que, aunque le evitan pocos, le reprenen todos. Y críticos conozco yo que, siendo ellos los más impertinentes del mundo, me reñirian muy formalmente si copiase aquí algunas cláusulas de *Estrabon*, *Plinio* ó *Pomponio Mela* para comprobar mis observaciones; y áun añadirían que ya que me habia puesto á *geografizar*, no debia haberme valido de los antiguos, sino de los diccionarios modernos, que sin duda son excelentes en equivocar las noticias, los sitios y las distancias. Tengan los críticos paciencia por esta vez, y agárrense de lo que puedan, y no les faltará de qué agarrarse, porque para el que no lee con otro intento que con el de hablar mal, lo mismo es la geografía que las coplas de Calafnos.

Sea como fuere, nosotros pisamos la falda del Parnaso una mañana serena y apacible. La verdad sea dicha: cuando levanté los ojos para registrar la altura de las cumbres, que se dejaban ver distintamente con la claridad del sol, no me parecieron ni tan ásperas ni tan inaccesibles como yo me las habia figurado. La infinita muchedumbre de laureles, mirtos y rosales, que descollaban entre las breñas, y ocupaban las cuestas hasta las extremidades del monte, representaban blanda subida, convidando á ella; pero aquí estaba el daño, porque las copas de los árboles, frondosas siempre, y esparcidas con larga y pomposa lozanía, disimulaban las quebras y ocultaban las asperezas de los caminos, que se escondian y se perdian entre los troncos. Lo primero que se nos ofreció á la vista al pié del mismo monte, fué una gran laguna turbia y macilenta, cubierta de ovas verdinegras y ceñida de un légamo feamente espeso y asqueroso. La templanza y diafanidad del día habia sacado á las márgenes una innumerable república de ranas, que estaban dando pesadumbre al aire con un continuo y fastidioso charlar, capaz de arredrar de allí al genio más flemático y alcornoqueño. «Extraño agüero es éste, dijo *Arcadio* á *Cervantes*, para los que emprenden subir al Parnaso! Ir al país de los poetas y tropezar con ranas.... ¿Qué se yo qué infiera de esto? Si ya no es que esté simbolizado aquí lo que me ha sucedido á mí más de cuatro veces allá en nuestra patria.—En todas partes sucede lo mismo, respondió *Cervantes*; mas no creais que porque veis ranas, no son poetas los que veis; y no sólo poetas, sino otras infinitas castas de escritores,

que naciendo hombres, vienen por fin á parar en anfibios, vocingleros y charlatanes. ¡Cuántos conocidos vuestros habitan ya, y han de venir presto á habitar esta laguna?—¡Conocidos míos! dijo Arcadio, como admirado.—Este es un misterio, continuó Cervantes, que le sabemos sólo los que moramos en estas provincias. Muchos de los que son hoy tenidos en España por poetas estupendos, oradores celeberrimos y escritores cacareados, tienen ya prevenido un sitio muy honorífico en esta laguna, donde ejerzan el oficio de ranas con gran dignidad y magisterio. El caudal de ella se forma del sobrante de Helicón; y Apolo, que tiene don particular para las transformaciones, hace que se conviertan en ranas, y vivan encenagados en ella los escritores estafalarios de todos los países.

«Ahí andan raneando y hablando innumerables de ellos, que no supieron más que hablar de todo á Dios y á ventura, decir mal de muchas obras, que eran incapaces de escribir, y esparcir en sus patrias una sabiduría superficial y corrillera. Ahí están ahora, mordidos y mordidos recíprocamente, y enfadándose á puros chillidos, cuantos filofastrostros ha engendrado la impiedad de este último tiempo; ¿quién lo diría, amigos, que habian de parar en ranas? Pero las bachillerías y el *bel esprit* no componen mérito entre las deidades. El estilo y la ingeniosidad son las cortezas de las obras, en las cuales, si falta el juicio y la solidez, que es el alma de ellas, los autores no se reputan acá más que por unas ranas algo más despejadas y sagaces; mas al fin siempre ranas. Ahí están consumiéndose en una murria ronalmente eterna casi todos los traductores de libritos franceses, que han corrompido el habla de nuestra patria, y puéstola en el extremo que lloran los buenos, por servir al hambre y al interés sordido. Pues ¿qué diré de los abogados? Raros, de los que han escrito algo, desde Justiniano acá, que no esté ahí recorriendo textos y empujándolos en forma del ronco y desagradable acento que nos aturde. Apolo tiene mucho que reír con ellos cuando vienen á presentarsele, y en particular con algunos juristas, que alegando una ley escrita en castellano puro y castizo, la cargan de un comentario latino-bárbaro, con pretexto de que se honra el escrito con el latín, como si la barbarie fuese capaz de honrar á ningún escrito. Perversos, les dice Apolo, si las leyes se escriben para el uso común de la vida, y con este fin cada nación las publica y debe publicar en su idioma propio, ¿qué ridícula vanidad es la vuestra en ponerlos á oscurecer en lenguaje bárbaro y grosero lo que toda nación tiene derecho de entender clara y abiertamente? ¡Temeis que se descubran vuestras contradicciones y esas tenebrosísimas opiniones, que llamais comunes, con que habeis enredado la ciencia que debiera ser más clara y sencilla, en una inmensa maraña de sutilezas extravagantes? La ignorancia del derecho no excusa á nadie, decís en vuestros axiomas; vosotros mismos no entendeis el derecho, y lo confesais. Tal es el estado en que le habeis puesto. Y siendo esto así, ¿con qué cara osais imputar la ignorancia de él á un triste ciudadano, que no tiene ó lugar ó talento para registrar vuestras fastidiosísimas bibliotecas? ¡Con qué cara osais, digo, imputársela cuando vosotros mismos sois causa de ella, ya interpretando las leyes en idioma ajeno y salvaje, ya poniéndolo todo en controversia y opinión, ya valiéndose de las leyes romanas, que ningún ciudadano tiene obligación de entender, y más del modo con que vosotros las explicáis, y ya haciendo que pasen por leyes los antojos de los juristas, que son á veces abortos bastardos ó del interés ó de la vanidad, y gana de parecer sabios más que

deseos del beneficio público? Ea, á la laguna sin que nadie me replique, y recreaos allí con la memoria de vuestros alegatos insulsos, toscos, rudos, sin asomo de gusto que los haga tolerables sino á los que no comen otro manjar que cardos silvestres. De esta sentencia escapan muy pocos; y es gusto ver una multitud de rúbulas, convertidos en ranas, andar bachillereando de aquí para allí, y molestando con su locuacidad bronca á los restantes moradores de la laguna; porque, en fin, éstos no cantan sino en días serenos; pero los abogados-ranas en serenos y en turbios, en frios y calorosos, en enjutos y en húmedos; en todos tiempos, en todos los días, meses y años, garlan y más garlan, jamás lo dejan. Solamente los malos poetas se equivocan á veces con ellos, y especialmente los de Francia, que son eminentes en el arte de propagar el estambre de la habladería. Distingúense, con todo eso, en que, como conservan el resabio de la lengua que hablaron, entonan un canto gangoso y obscuro, que no parece sino que sale de una congregación de viejas tabacosas. Éstos son las heces de la literatura de su país, glorioso igualmente en hombres sabios que en ranas literarias. Las de Italia, si bien más dulces, puján á todas en la hinchazón. Italiano hay aquí, transformado en anfibio, que pensaba de sí, y se lo decía á Apolo con mucha seriedad, haber sido maestro de nuestra nación por haberla enseñado que un soneto consta de catorce versos; y no paró aquí, sino que se esforzó en probar que sin esta noticia no era posible que hubiera dado de sí España grandes teólogos, médicos y juristas. Por lo que toca á nuestros españoles, ellos se dan bien á conocer por el boato y pompa de su acento. Pecan por sobra de genio, y es cosa graciosa verlos romper un canto inflamado, hueco y armonioso en lo que cabe, para anunciar la caída de una piedrecuela en la laguna, ó cosa tal. Esto se entiende con mis contemporáneos y posteriores hasta este siglo; que los de él harto rateros y miserables son; en fin, órganos serviles de una lengua inferior, que disponiéndose á imitar el arte, imitan el estilo, y escriben versos cuya locura no la sufriría la prosa más lánguida de mi siglo. Pero de los que hay aquí una muchedumbre, incapaz de reducirse á cálculo, es de humanistas y de filósofos. Dice Apolo que el pedantismo nació en los que debieran desterrarle, esto es, entre los humanistas; y por lo mismo castiga severísimamente á los que caen en él. Rana hay entre éstas que ha escrito volúmenes enormes de comentarios, anotaciones, enmendaciones, prefacios y epístolas; suerte infeliz de un entendimiento criado para hallar verdades y disponerlas agradablemente de modo que conviden á la voluntad y la inclinen al ejercicio de lo bueno, consumirse en averiguar si la obscenidad se percibe con elegancia en un poeta lascivo, y en otros ejercicios de este jaez; atado siempre á lo que otros han querido pensar, no á lo que él pudiera y debiera. El mismo defecto, poco más ó menos, hundió aquí á los filósofos; después del primer escolástico que se convirtió en rana por sentencia de Apolo, se han convertido todos los demás ellos por sí, sin necesidad de más sentencias. Y no hay que admirarse, porque, visto un escolástico, están vistos todos. Son otros tantos espejos en que se multiplica la figura de un solo hombre; bien que esta nota es común á todos los filósofos, escolásticos y no escolásticos. Se repiten eternamente, y no sirven de más que de aumentar el número de los estantes en las bibliotecas. No es éste el vicio de los más modernos; la novedad es su gran negocio, y lo que sucede es, que por mucho inventar, vienen á caer en la laguna, así como otros por no inventar nada. Hablan de todo con magisterio, y se creen

filósofos porque reflexionan, como si el reflexionar fuese dote concedida sólo á los que se dan á sí mismos el nombre de filósofos. El defecto de genio para mejorar los establecimientos de la vida civil hace que se conviertan á trastornarlos, fundando su gloria en destruir, no en edificar; y si tal vez edifican, es con tal desproporción, que sus edificios pasarían por bárbaros entre los mismos árabes. Es gente somera é impaciente de la fatiga, pero en smo grado ostentadora y jactanciosa. Ensayos, diccionarios, pensamientos sueltos, discursos, misceláneas, he aquí los pasajeros monumentos de su literatura; pasajeros, porque se escribieron para su siglo, no para todos. Entretuvieron ligeramente el ocio de sus contemporáneos, y caerán en las tinieblas de un olvido perpétuo cuando la humana inestabilidad mude las formas del saber y dé otro aire á las fábulas que se atribuyen inicuamente á la sabiduría. En fin, esta laguna es el paradero de todos los escritores, ó inútiles, ó pedantes, ó fantásticos (1) ó perversos.

«Aquí se aunan en tropel confuso
Cuantos, de gusto ó de razón escasos,
Han mezclado en las ciencias el abuso;
«Los que apoyaron en ajenos pasos
El pie servil, su libertad cedieron,
Util tal vez á los humanos casos;
«Los que con ansia á la ambición corrieron,
Y por ella opiniones rebozando,
La sencilla verdad desconocieron;
«Los que sólo en espinas colocando
El severo saber, groseramente
Entregan de él á la barbarie el mando;
«Los que, feroces en su ceño ardiente,
Protegiendo livianas fruslerías,
Causan enojo al que sin ellas siente.
«Venas enjutas, influencias frías,
Erudiciones sin sazón y vanas,
Largo vivir en frívolas porfías.
«De genios tales las ociosas ranas
Resultan que aquí veis, que nada haciendo,
Andan de que hacen mucho muy ufanas.»

Confieso que me atemorizó el maldito tropiezo de la laguna, y cargando la consideración en el razonamiento de nuestro conductor, dije entre mí: Peligrosa ocupación, y empleo de dudoso éxito es el de la sabiduría, para cuya exposición no basta la profundidad del saber ni la abundancia de las noticias, si no asiste el juicio con sana rectitud á la formación de las obras. ¡Qué miserable ejercicio es éste, en que el mérito no se mide por el trabajo ímprobo y sagaz, si á la sagacidad y á la constancia de él no acompaña el sabor de este que se llama buen gusto; sabor más nombrado que conocido, enajenado tal vez de los mismos que creen poseerle! Sobremanera me entristeció esta reflexión; y Cervantes, como si adivinara lo que pasaba en mí, ató el discurso, y..... «Negocio desesperado, dijo, sería el desvelo que se pone en escribir obras que se destinan al público, si el demérito literario acompañase siempre á los desfavores de la fortuna. Vos, que sois jóven, tened impreso siempre en la memoria este consejo de un hombre aguerrido y veterano en la ocupación de escribir: si deseais lograr mando y poder en la vida civil, á pesar del cierto conocimiento de que habeis, en fin, de venir á parar en rana, escribid y publicad farragos y tomos gordos, en que, á fuerza de recopilar y unir indigestamente innumerables decisiones, resolvais en estilo bárbaro cuestiones y casos ridículos, irreducibles á los elementos de las ciencias; para el que carece de favores externos, ó no quiere someterse á la adulación, éste es el más llano modo de

medrar. Si, empero, anteponeis las glorias del entendimiento al penoso, amargo y fugaz gusto de mandar, y tenéis en más ser honor de vuestra nación en lo venidero, que rana vocinglera, después de haber sufrido los sinsabores que trae consigo el mando, despachaos generosamente, y dad saltura á la inclinación de vuestro talento, llevándole siempre por la senda del buen gusto y de la razón.....»

No es decible lo embelesados que íbamos con los discursos del buen viejo, que, como experimentado, hablaba recto y sin disimulo; y fué tanto nuestro embeleso, que entré éstas y estotras, cuando volvímos en nosotros nos vimos en la cima de una de las montañas, sin poder decir cuál ni cómo era el camino por donde habíamos subido. Venía á ser la cima, no puntiaguda, como se representaba á la vista, mirada desde la falda, sino una ancha y espaciosa llanura, sembrada á trechos de algunos edificios magníficos, y universalmente de lozanos y pomposos árboles, que se apiñaban más en los bordes del monte, cuyas sombras caían en una continua alfombra de hierbas y flores amenísimas y de bellísima lozanía. Respiraba blandura y suavidad cuanto se veía allí, y habiéramos detenido largo rato la agradable suspensión que causaba en nosotros aquella hermosa variedad y natural escultura, á no haber oído entre la espesura de un bosquecillo contiguo un ruido como de gente que disputaba con calor. Encaminámonos allá, y vimos que en aquel mismo punto, seguido de muchos y varios personajes, se acercaba á una pequeña tropa de gentes azoradas é inquietas un mancebo gallardo, en cuyo rostro aparecían la majestad y el agrado con una naturalidad casi divina. «¿Qué inquietud es ésta? preguntó á un hombre feroz é impaciente, que halló en ademán de arrojar del monte á aquella tímida y perturbada tropa.—Señor, respondió todo encolerizado, estos miserables que veis aquí han descubierto no sé qué senda desconocida, y subiendo sin resistencia, vencieron la cumbre á traición, é iban á mezclarse con los que habitamos esta mansión con vuestro beneplácito. Advertilo, y quise dar con ellos del monte abajo; porque, sabedlo sin rodeo, todos ellos son puros noticieros y habladores de marca, hipócritas de la sabiduría, que adquiriendo en una lectura vaga una ciencia de pepitoria, hablan de lo que leen, no de lo que meditan, y pasan por estupendos sabios entre los que tienen la razón á oscuras y mohoso el entendimiento.—¡Buena gente!», dijo el mancebo; y llamando á uno de ellos, «Venid acá, ¿cuál es vuestra habilidad, amigo? le preguntó.—Señor, respondió él, yo, para servir á vuestra serenidad, hago coplas, que llamo versos; y como Garcilaso hacia versos también, no sé qué razón ha de haber para que se me arroje de donde él habita. ¿La poesía acaso se reduce á otra cosa que á formar décimas, seguidillas, liras, octavas reales y romances de arte mayor y menor? Yo tengo en la uña al Rengifo, y sin tenerle, sé contar las sílabas y los pies con tanta facilidad como la mismísima *manja de Méjico* (2). Pues si por erudición va, según la opinión de algunos hombres descontentadizos, que creen que sin gran caudal de doctrina no puede haber buena poesía, yo he aprendido, en los cafés, la ciencia del mundo, que es la principal, y de las especulativas sé pronunciar física, matemáticas, *ética*, *dragmática*, y sé muy bien que Virgilio compuso las *Eneidas*, Ovidio un poema sobre el *fausto* (3). Cicerón fué muy buen gramático, según dicen los dómynes, y entiendo medianamente

(2) La famosa postisa sor Juana Inés de la Cruz.

(3) Alude á los *Fastos* de Ovidio, como es fácil adivinar. (Nota del Colector.)

(1) Fantásticos está aquí usado en la acepción de presuntuosos.

los himnos del Breviario. Con que, ¿qué no hay en mí que pueda haber en los poetas más sublimes?—Muy bien, dijo el mancebo. ¿Y cuál es la vuestra? preguntó á otro, que daba muestras de ánimo insolentísimo, pero que decayó en bajísimo abatimiento á la presencia de Apolo.—Señor, respondió, yo no pretendo entrar aquí sin vuestro beneplácito; pero definiendo que este beneplácito se debe de justicia á la mucha gloria que de mi estudio ha redundado á mi patria. Yo soy mejor filósofo que Cornelio Nepote, mejor historiador que Horacio, mejor crítico que Homero y mejor satírico que Dictis Cretense (1). Con estas calidades he trabajado en tejer coronas á los sabios de España con tal acierto, y tan á satisfacción mía, que habiendo criticado cruelmente á los pobres y elogiado demasadamente á los ricos, no he contentado á ninguno sino á mí mismo. Los maldicientes se desataron contra mí, silbándome la adulación y comparándome á Marco Antonio, que coronó en público á Julio César, para llegar á término de descabezar á Ciceron, y apoderarse él de la república. Para vengarme de tamaña impostura, he levantado yo garrafalísimas á mis adversarios; porque, puesta en peligro mi opinión, todo debe ceder á la obligación de sustentarme. Muera el enemigo, y sea como fuere.—¡Bella moral! exclamó Apolo, dignísima de una república de piratas.—Lo son todos los aduladores, dijo otro que vertía hieles por los ojos, y en el gesto manifestaba un alma nadando en vinagre. Yo, por no dar en vicio tan vil, tomé el rumbo de no hablar bien de nada ni de nadie, sino de mí y los míos.... —¿Que no pueda yo, dijo otro estirado y tieso como baqueta de fusil, romper las narices á este canal, y alejarlo de mí para siempre? Señor, señor, dijo encarado al mancebo, este semioso es un deshonor-buenos, alquilador de su pluma, esclavo de sus odios, envidia y vanidades, que no habla bien de nadie, sino de sí. ¿Pues el bergante no ha dado en desacreditar unas novelas agudísimas que yo he escrito, en las cuales las bestias enseñan á los filósofos los más recónditos y profundos arcanos de las ciencias y de las artes! Y lo peor es que, cuando vivíamos en nuestra patria, en mi presencia, porque me necesitaba, me adulaba, me ponía en las nubes, pero á mi espalda me desollaba, me infamaba vilmente el malvado. Iba á continuar, si no lo impidiera una gresca y batahola endiablada que se levantó entre la demas turba. Impacientes todos por referir sus méritos y estudios, alzaban el grito y se despepitaban á carrillos llenos.—Aquí tengo yo, decía uno, mi relación de méritos y mi bonete con borla, que me costó doce mil reales el adquirirlo. Examiné mi relación, y véase si no consta en ella en letras de molde que tengo el mérito de haber nacido en Parla, ocho años de gramática, uno de filosofía, tres de facultad mayor, cuatro actos mayores, seis menores y cinco mil patadas que me han costado, y tengo bien contadas una sobre otra.—Aquí están, clamaba otro, mis títulos. Soy académico de las Bellas Letras, de la Lengua, de las Antigüedades, y si no he publicado cosa alguna sobre estas materias, ha sido porque mi designio no era aprender ni buen gusto, ni á hablar, ni antiguallas, sino cargarme de títulos, porque convenia así á mis pretensiones. En lo demas, tan académico soy como cualquiera, y voto á tantos, que si Apolo no me recibe, he de quejarme á mis academias para que no le reciban á él en ellas.—Las academias sean sordas, saltó á esta sazón un cojo cariredondo, que iba entre el acompañamiento del

(1) Se le atribuye una *Historia de la guerra de Troya*, que fué publicada en latín poco despues de la invencion de la imprenta. La última edición ha sido hecha en Bonn, 1833. (Nota del Colector.)

mancebo; y alzando la voz, les dijo desafortadamente: «Bellacos, ¡pensais que tratais aquí con aquellos babiecas, que, porque os oyen bachillerear y hacer pompa de esos títulos, que son en vosotros de mogiganga, os engullen por hombres, no siendo vosotros más que pollinos con campanillas? Los méritos no han de acreditarse en la relación, sino en el entendimiento, y la ambición os hace ser majaderos, que escribis toda vuestra capacidad en un medio pliego de papel, dando á entender que no os queda de los estudios otra ciencia que la de decir que habeis estudiado. Pues el otro bribon, que se nos vende por muy académico, como si él y sus semejantes no fuesen las mazas de sus congregaciones, que van siempre á la cola de lo que dicen otros y dando que reír á los prudentes y sabios, ocasionan la mofa y burla con que hieren algunos al comun de los cuerpos. Seó académico, las academias no hacen al hombre, sino los hombres á las academias; y con todo eso, cuando este pobrete se despidió de la vida, le elogiarian con una magnífica oración, en que no pudiendo representarle ni como historiador, ni como orador, ni como poeta, ni como crítico, porque nada de esto supo, con ser académico, de todo esto diria el elogiante que su héroe tuvo un empleo en tal cosa, que manejó con grande puntualidad, y tal, y si señor; y se quedaria muy satisfecho de su trabajo, y aun solicitaria que se imprimiese el panegirico. Pues ¿qué el escritor de coplas y el escritor de sátiras, y el escritor de cuentos de literatura? Baladrones. ¿Qué utilidad traen al mundo versucillos de garapiña y discursos huecos? Sobre todo, este cuentista es un bausan desmelenado, que no sabe lo que se cuenta. Ha querido aplicar sus invenciones estrafalarias á la literatura, y es tan manco de ojos, que no ve que los carpinteros y albañiles pueden decirle en sus barbas que aquellos cuentos se han fabricado para ellos, y no para otros, y que si á cuentos va, escribirian ellos tomos enteros de apólogos, en que se enseñen los elementos de sus oficios, etc., etc. Yo soy aquí vuestro fiscal, mentecatos, y sois más ridiculos y más dignos de que os enranen que los pedantes y mostrencos; porque vosotros pudisteis haber sido útiles y honrosos á la patria, sino que la ambición y la vanagloria, el deseo de ostentar y la maldita vanidad os heló en vuestros principios y os cuajó en puros charlatanes.» Asintió el mancebo á esta proposición,

Y en alta voz diciendo «Á la laguna,
De la imperiosa voz obra el encanto.
Un repentino espanto
Sobrecoge á la turba; ya trabadas
Las lenguas, no importuna
Charla articulan, mas en ronco acento
El sonido ranal sólo despiden.
Súbitos luego miden
Con largo y blando vientre el verde asiento
Que ocupaban sus pies cuando hombres eran,
Los miembros allí alteran
Su primitiva forma, agudo crece
El semblante reptil, desaparece
La garganta, atraída la cabeza
A la ya verde espalda, en quien unida
Sin division desde ella se dilata,
De la humana grandeza
La columna gentil, la pierna grave
En zanca resumida,
Fragil y enjuta al salto se acomoda,
Movimiento á su especie destinado.
Tras esto, arrebatado
El indocto tumulto, se derrumba
Por las ásperas cuestas y sonorosas
Tanto cual ronco zumba
De tábanos enjambre perezoso,
Académicas ranas y escritoras

Bajan al lago, en porfiado estruendo
Su ciencia todavia engrandeciendo.
¡Oh juicio prodigioso
De prudente deidad! digo; y el jóven
Te admira, dice, tu ignorancia; en esto
Mi poder manifiesto
No obra prodigio alguno; ranas eran,
En traje de mortales, los que viste.
Cayó el disfraz aquí, do no adulteran
Las apariencias de la ciencia el precio
La forma en que ahora existe,
Entre el tumulto necio,
Aquella turba ruda y vocinglera,
Siempre ha sido su forma verdadera.

Y continuando en hablarme, «Escarmiento en cabeza ajena, me dijo, y cuida de que no se apodere de tu aplicación este pernicioso modo de saber, que ó lo tuerce todo á la utilidad propia, ó se ladea á la ejecución de obras que no aciertan jamas á ser útiles. Con valentía se han ocupado ya entendimientos grandes en obras de puro deleite. Perdoné á éstos la flaqueza porque eran grandes. De hoy más no hay otra grandeza para mí que el acierto en componer lo deleitable con lo útil. Sé cuál es tu inclinación y tu modo de pensar y aun por eso he querido que vengas á presenciar lo que te servirá de dolor y aprovechamiento. Y pues vuestro arribo ha sido feliz, vén en buen hora, y no falte de tu lado el mismo que te ha conducido, que con él no te extraviarás.» Extremadamente me agradó el humanísimo recibimiento de la Deidad. Y, ¡oh poderosos del mundo! dije yo para mí; ¿quién tuviera poder para traeros aquí de la melena á aprender el modo de tratar á los que os son inferiores en las riquezas casuales, y superiores tal vez en los dones del entendimiento.

No la riqueza, la prudencia sana
Sola es del hombre el verdadero precio;
¿Qué es en la patria un poderoso necio,
Sino una ampolla vana?
Peso no leve á su paterno suelo,
Le oprime, no le sirve; sólo es hombre
Quien cumple justo el excelente nombre
Con su propio desvelo.
Mas, ¡oh felicidad del hombre escasa,
En la union civil, prision esquiva!
Para que un ignorante ocioso viva,
Trabajan mil sin tasa.

Pero ese discurso, repetido millones de veces, y no oído otras tantas, no impidió que yo me acordase del magnífico recibimiento que esperaba hallar á mi entrada en aquel país; y confieso mi culpa: cuando noté que no se aparecía por allí ninguna ninfa que me orlase la frente con una gran coronaza de laurel; que las Musas debian estar en sus labores muy quieta y descansadamente, y que ni siquiera salia un desgredado sátiro á darme la bien venida, se me cayeron las alas del corazon; y, ¡oh amor propio, dije entre mí; ridiculo fabricante de esperanzas vanas y pensamientos desvanecidos! pues tu imperio en el hombre es forzoso é inseparable de su constitución, ¿por qué no te convertirás á amar lo que nos mejora y levanta, y no lo que es inútil y tal vez abominable? Mientras yo estaba muy emblesado en estas reflexiones, útiles si supiera aprovecharme de ellas en la ocasion, Arcadio (1) se presentó á Apolo, recomendado por nuestro guía; y fué recibido mejor que lo fuera en su patria en casa de un título recién titulado. «Encaminados, dijo el dios á Cervantes, al templo de la inmortalidad, y fué con su acompañamiento,

(1) Iglesias.

Condújonos, pues, al templo, el cual no describiré yo aquí por cuanto hay en el mundo; porque, aunque sé los nombres de los cinco órdenes, y tengo á mano un ensayo de arquitectura y la Enciclopedia, no entiendo palabra de este arte. ¡Qué poco esperaba el lector esta confesion de uno que hace profesion de erudito! Advertimos ántes de entrar, que á un lado de él se hallaba una confusa turba de hombres tristes y macilentos, que razonaban entre sí, como con recelo de ser escuchados. «Éstos, dijo Arcadio, serán varios doctos de España, destinados al duelo del funeral.—Todo lo contrario, respondió Cervantes; y iba á informarnos de la naturaleza de aquella gente, cuando vimos que acercándose á ella un grave anciano, preguntó si estaban allí los que en algun tiempo habian sido diaristas españoles. «Yo soy uno de ellos (respondió desembarazadamente uno de los de la turba), y vos me conoceis muy bien, señor Veranio (2).—Así es, replicó el anciano. Vos sois el que tuvo á bien confundirme, en las tal vez justas criticas de vuestro diario, con la caterva miserable de proletarios que infestaban la literatura en nuestra edad; y no sólo tuvisteis á bien el confundirme con ellos, sino que me tratasteis peor que á todos.—Si lo hice así, respondió el otro, tuve mucha razon para ello, y confesad vuestra culpa; vuestro desmedido amor propio deslució imprudentemente lo infatigable de vuestra aplicación, y por pintaros vos mismo como superior á todos, disteis á vuestros contrarios una disculpa harto robusta para perseguirlos (3).—Lo conozco, lo confieso, y harto arrepentido estoy de ello, dijo el anciano, pero ¡mi defecto personal quitaba, por ventura, el mérito á mis escritos! Aman los hombres la tolerancia en todo, y cada uno de por sí es un perseguidor de los que aborrece ó le enfadan. Yo procuré mantener y propagar la propiedad y pureza de nuestra lengua en un tiempo en que no se hablaba sino algarabía. Alabéme tal vez á mí mismo; dí en ojos á muchos, en quienes habia quizá más defectos y peores que en mí, y ocasionaron mi descrédito en donde ménos debian, que es en España. Sé muy bien que se hace hoy en ella poco uso de mis escritos, y yo tengo la culpa, que no tuve habilidad para afrancesarlos; que, á haber dado yo en esta treta, ellos competirian en reimpresiones con el *Teatro crítico*. Yo escribí una *Retórica castellana*, en que, en lugar de proponer ejemplos de autores franceses, para mostrar la elegancia de nuestro idioma, incurri en la necesidad de valerme de ejemplos de autores españoles, puros, castizos y elegantes. Mi intencion fué rectísima, pero es menester confesarlo: erré los medios. Sabia yo que cuando Ciceron tradujo las dos célebres oraciones de Demóstenes y de Esquines en la causa de Ctesifonte, puso en buen latin lo que aquéllos habian orado en buen griego, para dar un ejemplo del modo con que debian valerse los oradores romanos de la elocuencia ática. Sabia tambien que el autor de los libros á Herennio (4) no alegó ejemplos griegos para enseñar la retórica á los romanos, y hé aquí mi necesidad. Parecíame á mí que en los escritos de una

(2) Don Plácido Veranio,seudónimo de don Gregorio Mayans. (Nota del Colector.)

(3) Alude sin duda á la polémica suscitada entre Mayans y el célebre *Diario de los Literatos*. Hizo éste, de los *Orígenes de la lengua castellana*, publicados por Mayans, una critica cuerda y templada, que no por eso dejó de lastimar su amor propio. Con el citado seudónimo publicó Mayans una defensa de sus doctrinas, titulada *Conversacion sobre el Diario de los Literatos* (1787). El *Diario* no se dió por vencido, y replicó duramente, poniendo de manifiesto la vanidad literaria del sabio escritor valenciano. (Id. id.)

(4) Se refiere á los tratados de la *Invencion oratoria* y de la *Retórica*, dedicados á Cayo Herennio. El primero es obra de Ciceron el segundo se le atribuye con bastante fundamento. (Id. id.)